

Cosas de hombres.

2-190
2-118 1

("La Nación", Buenos Aires (B. A.), 25 agosto 1907)

COSAS DE HOMBRES

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, julio de 1907.

¿Cuál creen ustedes que ha sido el efecto de la catilinaria que desde estas mismas columnas disparé contra los postalistas y las postalistas? Pues su efecto más inmediato ha sido el de que algunas denodadas señoritas argentinas se hayan dicho: «¡protestas contra esta nuestra inocente manía? pues ahora es cuando está más propicio á caer y ceder.» Y me han dirigido nuevas postales y yo ¡claro está! he cedido y las he firmado con alguna cariñosa reconvencción y haciéndoles saber que fiel á una máxima cristiana si odio el pecado, amo y compadezco al pecador.

Una de estas señoritas, es verdaderamente deliciosa. En vez de venirse con los arrumacos y lagoterías de rigor en tales casos, poniéndome de eminente, ilustre, genial, etc., tal como su padre, su hermano ó su novio se lo insinúan y queriéndome hacer creer que lee mis obras—obras ¡ay! por desgracia mía poco acomodadas á señoritas de esmerada educación—me cuenta la verdad lisa y llana, y tras de su relato, sobrio y sencillo, veo todo un encantador cuadro de familia. La joven Carolina no conocía nada mío—á pesar de lo cual supongo que viviría tan feliz—y así me lo confiesa. El día en que apareció en esta diario mi sermón sobre el postalismo, entra el padre de Carolina en el cuarto de estudio de ésta y riéndose le entrega el número de LA NACIÓN con mi artículo, pues que dicho señor padre piensa lo mismo que yo respecto al postalismo. Lee la hija el artículo y «no supone usted, señor Unamuno—aquí le cedo la palabra á ella misma—la gracia que me ha hecho y lo que he gozado con su lectura... De usted, señor, no conozco nada; este artículo es el primer escrito suyo que he leído, pero me ha gustado tanto que no vacilo en entrar en el número de las impertinentes, pidiéndole quiera escribir algo en esta tarjeta que no lleva ni grabados, ni marinas, ni claros de luna, aumentando así el número de mis autógrafos predilectos.» Y adjunta á la ingenua y sincera carta una tarjeta en blanco, en blanco como el porvenir, en blanco como la sinceridad de la joven remitente.

Si esta simpática joven hubiera vertido alguna vez la mirada de sus lindos ojos—me parece que debo suponer que son lindos, siquiera para que no se vuelva á decir que soy refractario el sentimiento de la galantería—si esta simpática joven, repito, hubiera alguna vez animado con su mirada vivir las páginas muertas de mis libros—cosa que apenas me explico en una joven, sino después de haber reído con el novio y para apacentar la murria—si esta simpática joven—y á ver si acabo de una vez con los paréntesis—hubiera leído algo de mis obras, habría visto que con no poca insistencia he gruñido á nuestras mujeres, echándoles en cara la ligereza de sus preocupaciones. Si, yo me voy ganando sin pro-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USALE.S

ponérmelo la fama de antifeminista. Y no lo soy. Y al efecto voy á entonar una especie de valencía.

Una de las cosas que más nos entristece á los que hemos dado en la luna de meternos á moralistas gruñones, malhumorados y descontentaditos es que cuando la emprendemos con alguna clase, profesión ó grupo de la sociedad lo único que logramos es provocar el resacaño malsano de los enemigos de esa clase, profesión ó grupo. Movidó de un sentimiento de cariño se me ocurre reprenderle á un pueblo alguno de sus defectos. Pues ya están los irracionales y ciegos enemigos de ese pueblo tomándolo como arma de combate y esgriméndolo con el brazo de la envidia ó del rencor.

Y una de las primeras consecuencias de cuantas perrerías llevo escritas á propósito de las mujeres, es la de que los hombres por equivocación ó descuido, quiero decir los hombres que habiendo nacido para mujeres, no llegan á ser ni perfectos hombres ni mujeres perfectas, se froten las manos de gusto al leerlo y se digan: ¡anda, buena os val!

Vengamos á esto de las postales. Me ratifico ¡claro está! esto de no rectificarse y pasar por todo antes de confesar un error es muy masculino, muy hombre, y naturalmente, muy disparatado también—me ratifico en todo cuanto al respecto tuve el honor de exponerles desde estas columnas, pero la manía ¿es sólo de mujeres?

Muy acertadamente dice mi señorita Carolina hablando de los postalistas: «Estos últimos sí que merecen un ¡horror!» Es lo que exclamé yo ¡horror! cuando un amigo me dijo hablándome de cierta célebre y populosa ciudad americana que era en ella donde se veían las más hermosas cabelleras masculinas.

¿Pero creen ustedes, mis amables lectoras, que toda la futilidad masculina se reduzca á coleccionar postales y rizarse y perfumarse la cabellera? No, ni mucho menos. El hombre es un animal especial y preferentemente deportivo; las más de sus actividades, cuando no se trata de ganarse el pan de cada día, se reducen á deportes para matar el tedio y pasar el rato. Lo cual no tendría nada de censurable sino fuera porque en su ridícula manía de querer darse importancia á los ojos de la mujer pretende hacer creer que esos pasatiempos son cosas muy importantes de que depende el bien de la patria, el progreso de la cultura, ó acaso la salvación de las almas.

Un hombre tremendo, de espíritu tan profundo como tormentoso, uno de los hombres que se ha asomado á más abismos

espirituales—y entre ellos al abismo de la relación moral entre ambos sexos humanos—el teólogo danés Kierkegaard, el principal maestro de Ibsen que lo retrató en parte en su «Brand», decía este dicho terrible: la cristiandad juega al cristianismo. Y así juegan todos los hombres serios; los científicos á la ciencia; los artistas, al arte y la belleza; los políticos, á la política y el patriotismo; los guerreros, á la guerra; los pacifistas, á la paz.

Conozco una mujer de singular espíritu, de alma austera y noblemente templada,



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

de mucha más inteligencia que ilustración, la cual cada vez que oye hablar de esos problemas que traen agitados á los pensadores, cada vez que se entera de algún escándalo parlamentario, exclama con el tono del más profundo desdén: ¡cosas de hombres!

La señora apenas se ocupa más que de modas, perifollos, visitas y reuniones de sociedad, mientras el caballero su marido se dice absorto en el examen de los más profundos problemas de la gobernación del estado. ¿Cuál de los dos es más superficial? ¿Cuál de los dos juega más?

Buscad un hombre muy hombre, un hombre fuertemente masculino, y tomad, pongo por caso típico, á Napoleón. Estudiad la vida de este hombre, de este varón quiero decir, de este varón tan exclusivamente varón, tan poco hombre en el sentido que damos á esta palabra al aplicarla á la especie humana con prescindencia de distinción de sexos, y decidme luego si le guió nunca un ideal objetivo, humano, si buscó nunca, en el fondo, más que divertirse con juego de terrible león imponiendo su voluntad á cañonazos. La psicología de Napoleón es la psicología genuinamente masculina. Le faltó siempre un ideal que no fuese el de imponerse y mandar y sí pareció alguna vez tenerlo fué por juego, por pasatiempo, por estética, ó más bien por teatro. Porque el hombre es un animal eminentemente teatral. El hombre, digo, el hombre mucho más que la mujer.

Todo eso de la coquetería femenina es una exageración de los hombres. Yo os digo que entre los dos sexos, el que se cree guapo es el hombre y si se llama á sí mismo el sexo feo es por condescendencia irónica. No conozco nada más insoportable que un hombre que se cree guapo, y me parece haber descubierto que la soberbia de los más de los hombres públicos tachados de soberbios procede más que de otra cosa de que creen poseer una figura interesante. Hay que ver las posturas arrogantes de tal primer ministro que aspira á dictador. No está envanecido de su talento, ni de su energía de voluntad, ni de su saber, sino que está envanecido de su figura, de su aire, de su porte.

Con resultarme las mujeres tan poco serias me resultan siempre mucho más serias que los más de los hombres, porque al fin y al cabo ellas no fingen una seriedad de que carecen ni pretenden hacernos creer que de sus ocupaciones y preocupaciones depende el porvenir y la dicha de la especie humana. Y francamente, una de las cosas más serias es tomar en juego el juego y una de las cosas más fútiles es tomarlo en serio. Y lo que voy viendo es que cuando una mujer toma algo en serio lo toma mucho más en serio que el hombre, porque lo toma apasionadamente y la pasión es lo único verdadera y profundamente serio, es decir trágico, que hoy en el mundo.

Antes, al hablaros de Napoleón, me vi mis amables lectoras, obligado á usar la palabra varón por contraposición relativa á hombre, y ahora quiero aclararos este punto. Usamos más veces la palabra hombre aplicándola á la especie, en el sentido



del latín «homo», y decimos que el hombre es un animal racional sin querer dar á entender que la mujer no lo sea ó que es un mamífero aunque en realidad de verdad la mujer merezca con más propiedad que el varón ese calificativo. Y otras veces usamos de la palabra hombre en sentido de varón, por contraposición á mujer. Y ocurre que hay varones tan varones que casi se borra en ellos la humanidad, lo que de común tenemos hombres y mujeres, y mujeres tan mujeres que les ocurre lo mismo. Y así como hay una especie de estado de indiferenciación, anterior á la diferencia de hombre y mujer, cual es el del niño, y hay estados tristemente intermedios y ambiguos—la mujer hombruna y el hombre afeinado—hay también un cierto término superior, que los abarca á ambos y este es el de un hombre perfecto, sea varón ó mujer. El varón que no tenga en su espíritu lo esencial del espíritu femenino, sin detrimento de su virilidad, no es hombre perfecto. Y una cosa correspondiente le ocurre á la mujer. Y si el Cristo es hasta hoy el tipo más perfecto de hombre es porque siendo varón en toda la alta nobleza del término, encierra en sí todo lo humano del alma femenina. Y he aquí por qué el Cristo no fué un Napoleón y se dejó matar por ellos en vez de matarlos para sí.

En uno de mis libros—«Vida de Don Quijote y Sancho»—he explicado cómo el culto que se rinde á la Virgen María, culto rayano en la deificación y la idolatría, se debe á que habiéndonos forjado un dios masculino, un dios más que hombre varón, un padre, con toda la gravedad, pero también con todas las deficiencias del padre, ha sido preciso completarlo deificando lo femenino de la humanidad y poniendo junto al padre, siempre más justo que misericordioso, á la madre, más misericordiosa siempre que justa. En nuestra incapacidad de figurarnos un dios profundamente humano lo hemos desdoblado en lo varonil y lo femenino.

Tengo yo un amigo que explica nuestras contradicciones y luchas interiores diciendo que llevamos dentro á nuestros antepasados todos y son éstos los que dentro de nosotros luchan entre sí y sobre todo luchan el elemento masculino que cada cual, mujer ú hombre, hereda de su padre, y el elemento femenino que, hombre ó mujer, hereda de su madre. Y acaso, siguiendo esta ingeniosa teoría metafórica y simbólica, la paz de nuestras conciencias consista en apaciguar esos dos elementos y hacer que nuestra masculinidad se deje modelar por nuestro elemento femenino y que la femineidad de la mujer se deje influir por lo masculino que hay en ella. ¿Los ángeles no son, acaso, tal y como los imaginamos, algo así como una fusión del hombre y de la mujer? ¿Son los ángeles masculinos ó son femeninos, dado que el espíritu puro tenga sexo? ¿Son ángeles ó ángeles? ¿Los hay de una y de otra clase? No sé lo que al respecto pensaría el autor de los escritos que llevan el nombre de San Dionisio Areopagita, el cual autor es el doctor de la angelología. ¿Y no os parece, amables lectoras, que todo esto de los ángeles, arcángeles, serafines, querubines, tronos, dominaciones y



res de
hombres

potestades, son también cosas de hombres?

Lo malo es que son muchas ya las mujeres que han sido educadas para tomar en serio los juegos de los hombres. Y cuando los imitan es cosa de echar á correr. Lo más ridículo del movimiento, llamado por antonomasia feminista, es que suelen dirigirlo mujeres marimachos y que suelen querer llevarlo por métodos y procedimientos parlamentarios, es decir, masculinos. Porque entre los juguetes inventados por los hombres para darse importancia y hacerse pasar por animales serios y reflexivos, preocupados del bien de la especie, uno de los juguetes más ridículos es este que llaman parlamento. Y aun hay mujeres que quieren meterse en ellos... Como no sea para deshacerlos... Creedme, lectoras, por mucho que me molesten las postales—y la verdad, no me molestan gran cosa, después de todo, y me dan ocasión para desahogarme reñgando de ellas—por mucho que las postales me molesten, me molestaría más el que me obligasen á ser diputado y á tomarlo en serio.

Lo que no es tragedia, es sainete. He aquí mi principio fundamental. No creo ni en el drama apacible, ni menos en la llamada alta comedia ó comedia seria. Donde no veo pasión no veo sino juego, y tan juego me parece el deporte de la política ó de los negocios como el deporte de patinar ó de coleccionar postales. Y desde el momento en que un juego se convierte en pasión es ya algo digno de respeto. Los maniáticos de las tragedias de Shakespeare ó siquiera los maniáticos de las novelas de Dickens—y abundan en ellas—son sujetos que me merecen no ya todo respeto, sino hasta profunda simpatía. Y si encontrara alguien que arriesgase su vida por conseguir una postal este loco me parecería un héroe.

No es el objeto lo que hace la seriedad y elevación de un esfuerzo, sino que es la intensidad y la pasión que en el esfuerzo se pongan. Y voy á terminar recordando un pensamiento—como lo cito de memoria no me va á ser posible reproducir su fuerza toda de expresión—del teólogo danés Kierkegaard, de que os hablaba, cuando dice que de dos hombres si el uno ruega flojamente y por rutina al verdadero Dios y el otro lleno de fe y de sed de infinito ruega á un ídolo, en tal caso el Dios

verdadero del primero no es más que un ídolo, mientras que el ídolo del segundo es el verdadero Dios. Lo que me parece peor de vuestras postales es que las arrinconaréis ó dejaréis perder muy pronto, en cuanto tengáis otro juguete.

Conoci una noble y anciana matrona, seria, razonable, sensible y muy culta, que guardaba en un viejo armario que visitaba cada noche, cuando nadie la veía, un secreto. Temía caer en ridículo si se lo descubrían. Y cuando por una casualidad lo descubrimos creció nuestro respeto, y por mi parte admiración, hacia la noble señora. Guardaba en el armario una muñeca con que jugó de niña y según las estaciones y épocas le cambiaba de vestidos. Aquella muñeca era fuente de poesía para su alma. Y así cuando ya decrepita volvió á la segunda infancia, pudo jugar con el juguete mismo que siendo ella niña despertó sus lejanos sentimientos de feminidad, es decir, de maternidad.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES